

Domingo de Pentecostés C

***Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu;
hay diversidad de servicios, pero un mismo Señor;
y hay diversidad de funciones, pero un mismo Dios
que obra todo en todos. (1 Co 12,4-6)***



Primera lectura

Hechos de los Apóstoles 2,1-11

Todos los discípulos estaban juntos el día de Pentecostés. De repente un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían, posándose encima de cada uno. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería.

Se encontraban entonces en Jerusalén judíos devotos de todas las naciones de la tierra. Al oír el ruido, acudieron en masa y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propio idioma. Enormemente sorprendidos preguntaban: – ¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que cada uno los oímos hablar en nuestra lengua nativa? Entre nosotros hay partos, medos y elamitas, otros vivimos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia o en Panfilia, en Egipto o en la zona de Libia que limita con Cirene; algunos somos forasteros de Roma, otros judíos o prosélitos; también hay cretenses y árabes; y cada uno los oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua.

Segunda lectura

1 Corintios 12,3b-7.12-13

Hermanos y hermanas: Nadie puede decir "Jesús es Señor", si no es bajo la acción del Espíritu Santo. Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de servicios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de funciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos.

En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común. Porque, lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu.

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. En esto entro Jesús, se puso en medio y les dijo: – Paz a vosotros.

Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: – Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.

Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: – Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.

Meditación

¿Qué se propuso el autor de los Hechos de los Apóstoles con esta narración? Lucas pretende describir el acontecimiento más importante después de la partida de Jesús: la venida del Espíritu Santo. Se halla, por tanto, ante una empresa tan arriesgada que parece destinada inevitablemente al fracaso. ¿Cómo puede describirse la venida del Espíritu Santo? Todos los autores del Nuevo Testamento cuentan con la realidad de su presencia y parten siempre de ella, pero ninguno se atrevió a describirla. La primera comunidad cristiana no tuvo el menor interés sobre el cuándo y el cómo de la venida del Espíritu. Le bastaba saber que, después de la resurrección de Jesús, el Espíritu vivía y animaba la Iglesia y a los creyentes en particular.

Lucas intenta en el presente relato una descripción gráfica e intuitiva de la venida del Espíritu, que llevaría a los discípulos a la verdad completa. Al carecer de medios para esta descripción, recurre a la tradición. Y en ella encontró que Jesús, en uno de los encuentros con sus discípulos después de resucitado, había "soplado" sobre ellos para comunicarles el Espíritu Santo. Con una referencia a la primera creación, intenta describirse la segunda, la obra de la redención: del mismo modo que Dios inspiró el aliento o el soplo vital en la primera creación, así el soplo del Espíritu crea al hombre nuevo. Y, apoyándose en esta tradición, Lucas se arriesgó siguiendo, más o menos, los pasos siguientes:

1.º Evidentemente el Espíritu viene de Dios, del cielo. Pero el Espíritu Santo no es algo perceptible sensorialmente. Se necesita sensibilizarlo. Y la posibilidad de hacerlo se lo da la misma palabra "espíritu", pneuma, que puede significar tanto el espíritu como el viento. Lucas podía describir, por tanto, la efusión del Espíritu como la presencia de un viento impetuoso.

2.º El Espíritu iba destinado a los discípulos. Por eso, el viento llena la casa donde estaban reunidos. Lucas utiliza, además, la tradición judía según la cual, en el Sinaí, la palabra de Dios se comunicó en 70 lenguas (en alusión a la creencia en los 70 pueblos que integraban el mundo, de modo que cada pueblo pudiese recibir la Ley en su propia lengua). Por otra parte, Pentecostés era la fiesta que evocaba la entrega de la Ley en el Sinaí. En el Sinaí la llama se convirtió en lengua (la llama indicaría la descripción de la manifestación de Dios en medio de tormentos y fuego... y el convertirse en lengua significaría que aquella manifestación de Dios se hizo inteligible; ya que es a través de la lengua como nosotros nos manifestamos a los demás).

Por otra parte, la fiesta de Pentecostés debía demostrar la fuerza y el poder del Espíritu a los judíos. Esta intención hace que aparezcan en escena judíos de distinta procedencia. En la mente del autor de Hechos intentan simbolizar la universalidad. De ahí que sean enumerados judíos procedentes de doce regiones diferentes. Y todos oyen hablar en sus lenguas "las grandezas de Dios". Con esta afirmación se certifica la presencia y operación del Espíritu. No son mencionadas en particular ninguna de estas maravillas de Dios. Se refieren, sin duda, al contenido del evangelio y al universalismo de su destino. En esto consistiría el milagro de las lenguas: no en la superación de la barrera que las lenguas imponen, sino en que el evangelio es destinado a todo el mundo, simbolizado en las lenguas diversas de los oyentes del discurso de Pedro.

Domingo de Pentecostés C

***Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu;
hay diversidad de servicios, pero un mismo Señor;
y hay diversidad de funciones, pero un mismo Dios
que obra todo en todos. (1 Co 12,4-6)***



Primera lectura

Hechos de los Apóstoles 2,1-11

Todos los discípulos estaban juntos el día de Pentecostés. De repente un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían, posándose encima de cada uno. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería.

Se encontraban entonces en Jerusalén judíos devotos de todas las naciones de la tierra. Al oír el ruido, acudieron en masa y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propio idioma. Enormemente sorprendidos preguntaban: – ¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que cada uno los oímos hablar en nuestra lengua nativa? Entre nosotros hay partos, medos y elamitas, otros vivimos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia o en Panfilia, en Egipto o en la zona de Libia que limita con Cirene; algunos somos forasteros de Roma, otros judíos o prosélitos; también hay cretenses y árabes; y cada uno los oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua.

Segunda lectura

Romanos 8,8-17

Hermanos y hermanas: Los que están en la carne no pueden agradar a Dios. Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros.

El que no tiene el Espíritu de Cristo no es de Cristo.

Si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto por el pecado, pero el espíritu vive por la justicia. Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales, por el mismo Espíritu que habita en vosotros.

Así pues, hermanos y hermanas, estamos en deuda, pero no con la carne para vivir carnalmente. Pues, si vivís según la carne, vais a la muerte; pero, si con el Espíritu dais muerte a las obras del cuerpo, viviréis.

Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Habéis recibido, no un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: ¡Abba! (Padre). Ese Espíritu y nuestro espíritu dan un testimonio concorde: que somos hijos de Dios; y si somos hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo, ya que sufrimos con él para ser también con él glorificados.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: – Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Yo le pediré al Padre que os dé otro Defensor que esté siempre con vosotros.

El que me ama guardará mi palabra y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él. El que no me ama no guardará mis palabras. Y la palabra que estáis oyendo no es mía, sino del Padre que me envió. Os he hablado ahora que estoy a vuestro lado; pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho.

Meditación

¿Qué se propuso el autor de los Hechos de los Apóstoles con esta narración? Lucas pretende describir el acontecimiento más importante después de la partida de Jesús: la venida del Espíritu Santo. Se halla, por tanto, ante una empresa tan arriesgada que parece destinada inevitablemente al fracaso. ¿Cómo puede describirse la venida del Espíritu Santo? Todos los autores del Nuevo Testamento cuentan con la realidad de su presencia y parten siempre de ella, pero ninguno se atrevió a describirla. La primera comunidad cristiana no tuvo el menor interés sobre el cuándo y el cómo de la venida del Espíritu. Le bastaba saber que, después de la resurrección de Jesús, el Espíritu vivía y animaba la Iglesia y a los creyentes en particular.

Lucas intenta en el presente relato una descripción gráfica e intuitiva de la venida del Espíritu, que llevaría a los discípulos a la verdad completa. Al carecer de medios para esta descripción, recurre a la tradición. Y en ella encontró que Jesús, en uno de los encuentros con sus discípulos después de resucitado, había "soplado" sobre ellos para comunicarles el Espíritu Santo. Con una referencia a la primera creación, intenta describirse la segunda, la obra de la redención: del mismo modo que Dios inspiró el aliento o el soplo vital en la primera creación, así el soplo del Espíritu crea al hombre nuevo. Y, apoyándose en esta tradición, Lucas se arriesgó siguiendo, más o menos, los pasos siguientes:

1.º Evidentemente el Espíritu viene de Dios, del cielo. Pero el Espíritu Santo no es algo perceptible sensorialmente. Se necesita sensibilizarlo. Y la posibilidad de hacerlo se lo da la misma palabra "espíritu", pneuma, que puede significar tanto el espíritu como el viento. Lucas podía describir, por tanto, la efusión del Espíritu como la presencia de un viento impetuoso.

2.º El Espíritu iba destinado a los discípulos. Por eso, el viento llena la casa donde estaban reunidos. Lucas utiliza, además, la tradición judía según la cual, en el Sinaí, la palabra de Dios se comunicó en 70 lenguas (en alusión a la creencia en los 70 pueblos que integraban el mundo, de modo que cada pueblo pudiese recibir la Ley en su propia lengua). Por otra parte, Pentecostés era la fiesta que evocaba la entrega de la Ley en el Sinaí. En el Sinaí la llama se convirtió en lengua (la llama indicaría la descripción de la manifestación de Dios en medio de tormentos y fuego... y el convertirse en lengua significaría que aquella manifestación de Dios se hizo inteligible; ya que es a través de la lengua como nosotros nos manifestamos a los demás).

Por otra parte, la fiesta de Pentecostés debía demostrar la fuerza y el poder del Espíritu a los judíos. Esta intención hace que aparezcan en escena judíos de distinta procedencia. En la mente del autor de Hechos intentan simbolizar la universalidad. De ahí que sean enumerados judíos procedentes de doce regiones diferentes. Y todos oyen hablar en sus lenguas "las grandezas de Dios". Con esta afirmación se certifica la presencia y operación del Espíritu. No son mencionadas en particular ninguna de estas maravillas de Dios. Se refieren, sin duda, al contenido del evangelio y al universalismo de su destino. En esto consistiría el milagro de las lenguas: no en la superación de la barrera que las lenguas imponen, sino en que el evangelio es destinado a todo el mundo, simbolizado en las lenguas diversas de los oyentes del discurso de Pedro.